



LA TRIBUNA

La 'banalización' de la diabetes

FEDERICO J.C SORIGUER-ESCOFET

JEFE DE SERVICIO DE ENDOCRINOLOGÍA Y NUTRICIÓN DEL HOSPITAL CIVIL

No es solo una realidad biológica sino también cultural y antropológica. Es, como bien analizaron Susang Sontag y Foucault, una metáfora del mundo, un síntoma del modelo de sociedad



Hoy se celebra el Día Mundial de la Diabetes. Y como desde hace más de quince, como el artículo antitaurino de Manuel Vicent en las vísperas de la Feria de San Isidro o el de Savater al día siguiente de Epon, la famosa carrera de caballos, SUR me permite conmemorarlo. A finales de los años veinte un niño de mi familia murió en nuestra casa de un coma diabético. La historia me la contaron mil veces mi madre y mi abuelo médico. Aunque llegaron a traerle la insulina que acababa de descubrirse en el 1921 fue ya demasiado tarde. En mis años de joven postgrado en aquel vetusto hospital de las Cinco Llagas, ahora sede del Parlamento de Andalucía, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta el ingreso de jóvenes en coma diabético era frecuente. En la soledad de aquellos pasillos apenas iluminados, sacar adelante un coma diabético era uno de los grandes retos con los que nos iniciábamos en la medicina hospitalaria. Apenas había medios, no existía aun la posibilidad de hacer ni siquiera glucemias capilares rápidas y otros procedimientos, hoy rutinarios, apenas estaban disponibles. No todos los médicos eran capaces de hacerlo. Exigía un gran conocimiento de la regulación metabólica que nos obligaba a estar toda la noche a la cabecera del paciente observando cómo iba la evolución clínica para ir tomando decisiones según arte. Por otro lado, a pesar de que ya se disponía de insulina, la vida de aquellos jóvenes que debutaban con diabetes ya no sería igual, entre otras cosas por la alta posibilidad de complicaciones y de una mortalidad precoz. No era sorprendente que existieran asociaciones como la liderada por la Cruz Roja, bajo el épico nombre de Lucha Antidiabética, que en Málaga en particular fue muy activa, entre otras cosas por el empeño de médicos como el doctor Manuel Martínez.

Desde entonces las cosas han ido cambiando. Hoy ya solo excepcionalmente ingresan diabéticos en coma, pero sobre todo el número de personas con diabetes ha ido aumentando de manera extraordinaria. No solo aquellos diabéticos juveniles que podían llegar a morir sino se les trataba con insulina sino de otro tipo de diabetes, la de tipo 2 o del adulto apenas conocida en el siglo XIX, y que en el último cuarto del siglo XX y en lo que llevamos del XXI es una verdadera pandemia mundial afectando en este momento al 13 % de la población mayor de 18 años y en algunos grupos de edad a casi el 40 % de la población. Las consecuencias sociales y económicas de esta pandemia son muy importantes. Pero lo es más el cambio en la percepción de la enfermedad. No es solo una realidad biológica sino también cultural y antropológica. Es, como bien analizaron Susang Sontag y Foucault, una metáfora del mundo, un síntoma del modelo de sociedad. Y lo que ha ocurrido con la extensión de la pandemia, con la inversión en la prevalencia de la enfermedad, desde los niños que morían

hasta los adultos con una forma de diabetes que no duele y solo mata a largo plazo, es una banalización de la enfermedad. A pesar de que sigue siendo una de las que más repercute en la calidad de vida y en el sostenimiento de los sistemas sanitarios, hoy ninguna señora marquesa, por así decirlo, se afiliaría a una asociación de diabéticos de las muchas que hay, pero bien que lo hacen para las cuestaciones del cáncer o de enfermedades neurológicas diversas, hoy enfermedades con 'pedigri'. También ha ocurrido igual con los médicos. De ser una enfermedad de especialista, ha pasado a serlo de generalistas con todo lo que esto conlleva de carga semántica y de precisión. La consecuencia de esta 'banalización' de la diabetes es que se está perdiendo el carácter épico que aún tienen algunas otras enfermedades y, además, en un momento, el de la crisis, en el que solo los que tienen poder, económico, militar, policial o simbólico, van a recibir los beneficios del sistema. Un sistema en el que como en la parábola de los talentos

del Evangelio, a los que más tienen (más poder en cualquier forma) más se les dará y a los que menos (poder) tienen se les quitará. La medicina ha conseguido grandes progresos contra la diabetes. En lo que respecta a la diabetes tipo 1, antes llamada juvenil, está cerca la posibilidad del páncreas artificial. Más complicado lo tienen las personas con diabetes mellitus tipo 2. Son ahora, sobre todo, un enorme mercado para las grandes compañías (millones de personas en el mundo) que han encontrado

en la población diabética un campo abonado para lo que en la jerga del mercado sanitario se llama el 'me too'. Pero sobre todo son personas demandantes de una atención educativa y de servicios que el Estado está también dejando en manos del mercado con lo que solo los que puedan pagarlo se beneficiarán. Hoy sabemos que la diabetes mellitus tipo 2 diagnosticada muy precozmente se puede prevenir, pero esto exige un cambio de modelo de sociedad y asistencial incompatible con el estado de crisis actual y sobre todo con el modelo al que determinadas ideologías, con la disculpa de la crisis, nos están abocando.

Un joven médico chileno ahora en nuestro Servicio nos decía recientemente ¿Cómo es posible que se estén ustedes dejando quitar el modelo sanitario del que disfrutaban? ¿Qué no os pongan, por favor, como ejemplo, el modelo liberal chileno? ¿Os vais a enterar? Quizás sea el momento de volver a recuperar la vieja épica de la lucha antidiabética, aunque ahora para derrotar a la enfermedad habrá que acabar antes contra estos dioses menores que están envenenando el alma y el cuerpo de los pueblos. Y no es solo una nueva metáfora. Hoy ya se comienzan a publicar en prestigiosas revistas científicas del mundo las consecuencias médicas de la crisis. Hoy ya sabemos que la crisis enferma y mata. Identificar a los culpables es también un asunto de la medicina.

